

Capítulo IX: Anchett

Mientras el soldado hacía su rutinaria ronda nocturna, sintió una escalofriante presencia tras de sí, una presencia fantasmagórica, que nunca, aun cuando hubiese muerto, olvidaría.

Desenvainó su espada y arremetió contra su oponente que, con absoluta ligereza, esquivó el ataque e hirió de muerte al guardia. Cuando cayó, un extraño muchacho, de piel pálida, lo mató. Lo último que vio fue su mirada, fría e inexpressiva, como mirar a una estatua de hielo.

Neba se encontraba en la fortaleza de Anchett, dentro de los territorios de Elldervaden. Su mirada era de hielo y todo rastro de humanidad había desaparecido de su faz. Parecía tenso.

Entró en el castillo por una estrecha ventana orientada hacia el este, desde donde se veía cómo se ponía el sol y dibujaba enigmáticas sombras de colores en el firmamento.

No había luces en aquel lugar, todo era oscuro, y las sombras de los objetos más comunes formaban raquíticas figuras siniestras y tenebrosas que podían haber hecho que la persona más valiente saliera corriendo de ese recinto; pero Neba no lo hacía.

Inesperadamente, en el aire empezaron a salir pequeñas flechas cruzadas que le indicaban el camino que debía seguir. Alguien lo esperaba.

A medida que las flechas se hacían más grandes, su semblante era más y más oscuro, sus músculos se tensaban y el entorno parecía más negro.

Una enorme puerta metálica lo separaba de su objetivo.

Caminó, empujó con fuerza la puerta que emitió un fuerte y sonoro chirrido al abrirse.

El cuarto era inmenso, con pilares de piedra de color carbón decorados con horribles inscripciones que contaban la trágica historia de algún pueblo perdido miles de años antes.

Una potente voz masculina brotó de las profundidades de la oscuridad.

—Te estaba esperando, pasa.

Las paredes y los pilares temblaron, provocando pequeños desprendimientos.

—Curdai... — la mirada del joven era negra como los abismos del infierno.

—Bienvenido.

Las luces se encendieron. Eran pequeñas motas de luz plateada que flotaban alrededor de los dos.

Y entonces fue cuando sus miradas chocaron brutalmente. Neba miraba con ojos oscuros y llenos de odio, Curdai, en cambio, miraba con expresión desafiante y enigmática, y sus ojos violeta-metálicos emitían un curioso brillo amenazador.

raz.hereinsuge.com